

SS. Juan Pablo II

MISA DE ORDENACIÓN EPISCOPAL DE DIEZ PRESBITEROS EN LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 6 de enero de 2002

1. '*Lumen gentium* (...) *Christus*, Cristo es la luz de los pueblos' (*Lumen gentium*, 1).

El tema de la luz domina las solemnidades de la Navidad y de la Epifanía, que antiguamente -y aún hoy en Oriente- estaban unidas en una sola y gran 'fiesta de la luz'. En el clima sugestivo de la Noche santa apareció la luz; nació Cristo, 'luz de los pueblos'. Él es el 'sol que nace de lo alto' (*Lc 1, 78*), el sol que vino al mundo para disipar las tinieblas del mal e inundarlo con el esplendor del amor divino. El evangelista san Juan escribe: 'La luz verdadera, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre' (*Jn 1, 9*).

'*Deus lux est*, Dios es luz', recuerda también san Juan, sintetizando no una teoría gnóstica, sino 'el mensaje que hemos oído de él' (*1 Jn 1, 5*), es decir, de Jesús. En el evangelio recoge las palabras que oyó de los labios del Maestro: 'Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida' (*Jn 8, 12*).

Al encarnarse, el Hijo de Dios *se manifestó como luz*. No sólo luz externa, en la historia del mundo, sino también *dentro del hombre*, en su historia personal. Se hizo uno de nosotros, dando sentido y nuevo valor a nuestra existencia terrena. De este modo, respetando plenamente la libertad humana, Cristo se convirtió en '*lux mundi*, la luz del mundo'. Luz que brilla en las tinieblas (cf. *Jn 1, 5*).

2. Hoy, solemnidad de la Epifanía, que significa 'manifestación', se propone de nuevo con vigor el tema de la luz. Hoy el Mesías, que se manifestó en Belén a humildes pastores de la región, sigue revelándose como luz de los pueblos de todos los tiempos y de todos los lugares. Para los Magos, que acudieron de Oriente a adorarlo, la luz del 'rey de los judíos que ha nacido' (*Mt 2, 2*) toma la forma de un astro celeste, tan brillante que atrae su mirada y los guía hasta Jerusalén. Así, les hace seguir los indicios de las antiguas profecías mesiánicas: 'De Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel...' (*Nm 24, 17*).

¡Cuán sugestivo es el *símbolo de la estrella*, que aparece en toda la iconografía de la Navidad y de la Epifanía! Aún hoy evoca profundos sentimientos, aunque como tantos otros signos de lo sagrado, a veces corre el riesgo de quedar desvirtuado por el uso consumista que se hace de él. Sin embargo, la estrella que contemplamos en el belén, situada en su contexto original, *también habla a la mente y al corazón del hombre del tercer*

milenio. Habla *al hombre secularizado*, suscitando nuevamente en él la nostalgia de su condición de viandante que busca la verdad y *anhela lo absoluto*. La etimología misma del verbo desear -en latín, *desiderare*- evoca la experiencia de los navegantes, los cuales se orientan en la noche observando los astros, que en latín se llaman *sidera*.

3.¿Quién no siente la necesidad de una 'estrella' que lo guíe a lo largo de su camino en la tierra? Sienten esta necesidad tanto las personas como las naciones. A fin de satisfacer este anhelo de salvación universal, el Señor se eligió un pueblo que fuera estrella orientadora para 'todos los linajes de la tierra' (*Gn 12, 3*). Con la encarnación de su Hijo, Dios extendió luego su elección a todos los demás pueblos, sin distinción de raza y cultura. Así nació la Iglesia, formada por hombres y mujeres que, 'reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido el mensaje de la salvación para proponérselo a todos' (*Gaudium et spes, 1*).

Por tanto, para toda la comunidad eclesial resuena el oráculo del profeta Isaías, que hemos escuchado en la primera lectura: '¡Levántate, brilla (...), que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! (...) Y caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora' (*Is 60, 1.3*).

4.(...).

5.Hace un año, en esta fiesta de la Epifanía, al final del Año santo, entregué idealmente a la familia de los creyentes y a toda la humanidad la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, que comienza con la invitación de Cristo a Pedro y a los demás: '*Duc in altum*, rema mar adentro'.

Vuelvo a aquel momento inolvidable, amadísimos hermanos, y os entrego de nuevo a cada uno este texto programático de la nueva evangelización. Os repito las palabras del Redentor: '*Duc in altum*'. No tengáis miedo a las tinieblas del mundo, porque quien os envía es 'la luz del mundo' (*Jn 8, 12*), 'el lucero radiante del alba' (*Ap 22, 16*).

Y tú, Jesús, que un día dijiste a tus discípulos: 'Vosotros sois la luz del mundo' (*Mt 5, 14*), haz que *el testimonio evangélico* de estos hermanos nuestros *resplandezca ante los hombres de nuestro tiempo*. Haz eficaz su misión para que cuantos confíes a su cuidado pastoral glorifiquen siempre al Padre que está en los cielos (cf. *Mt 5, 16*).

Madre del Verbo encarnado, Virgen fiel, conserva a estos nuevos obispos bajo tu constante protección, para que sean misioneros valientes del Evangelio; *fiel reflejo del amor de Cristo*, luz de los pueblos y esperanza del mundo.